



YO,
DON JUAN MANUEL

Paco López Mengual

Ilustrado por
Diana Escribano Henarejos

YO, DON JUAN MANUEL

Paco López Mengual

Ilustrado por
Diana Escribano Henarejos



MURCIA
2019

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Yo, Don Juan Manuel”

© Del texto, Paco López Mengual, 2019

© De las ilustraciones, Diana Escribano Henarejos, 2019

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2019

Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: junio de 2019

IBIC: YFB

ISBN: 978-84-949731-5-4

Depósito legal: MU 585-2019

Printed in Spain - Impreso en España

¡Oh! ¿Ya han llegado? No les esperaba tan pronto. Aguarden un instante, tan sólo unos segundos, a que termine el párrafo que estoy escribiendo... Ahora que estoy inspirado, no quiero que se espanten las musas...; cuesta tanto que aparezcan. ¡Ya está! Le soplo un poco a este pergamino para que seque la tinta y... listo. Creo que me ha quedado muy bien este relato. *Dos hombres y un burro*, lo he titulado.

Pues ya estoy con ustedes. ¡Madre de Dios! Las veces que yo he paseado por estas calles...; ¡y qué cambiado está todo! Yo vivía allí arriba, en lo más alto. Por aquí

se iba a la Iglesia y por allá, a la alcazaba. Esta calle era un bullicio de gentes: moros, judíos, cristianos; soldados, mercaderes, campesinos; mujeres que bajaban a lavar sus ropas al río y carros tirados por mulas que subían cargados con los más sabrosos frutos que jamás se hayan cultivado. Ahora, estos modernos edificios impiden que la veamos, pero desde aquí se contemplaba la huerta, atravesada por el curso del río. Un paraíso en la tierra. Allí, al volver ese callejón, se encuentra el horno; y allí abajo, la torre... ¿Y la torre? ¿Dónde está la torre? Si toda la vida ha estado allí, con su escalera de caracol y su soldado vigilando en lo alto. ¿Dónde está? ¿La ven ustedes?... ¡Madre de Dios, cómo ha cambiado todo! Si hasta el pueblo se llama de forma diferente: cuando yo vivía aquí, se llamaba Molina Seca; y ahora, a la entrada de la ciudad, he visto el cartel que la anuncia como Molina de Segura. Aunque, claro, hace tanto tiempo que yo paseaba por estas calles...

A ver que calcule...: hace, hace... pues hace la friolera de unos ¡700 años!;... que se dice pronto. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡700 años ya! Es que yo, de estar vivo, tendría ahora... (porque ustedes no son tontos y se habrán dado cuenta de que estoy muerto... si no, iba yo andar por ahí vestido con esta pinta: con este jubón, esta capa y estas calzas...); a lo que íbamos, de estar vivo, en mayo habría cumplido ¡¡737 años!! ¿A que no los aparento? La verdad, me siento un chaval... Aunque les voy a suplicar que no vayan anunciando por ahí mi edad; me place mantenerla en secreto. Aún soy un poco coqueto y no me gustaría que la gente diga al verme pasar: ¡por ahí viene ese vejesterio de 737 años!

Pero vamos a lo que vamos. ¿De verdad han venido ustedes hasta aquí, como me han dicho, para que les cuente mi historia? Miren que son ustedes curiosos, eh...

Pues espero que no se arrepientan, porque ya les advierto que me gusta mucho hablar...

y, también, escribir, como ya han podido comprobar.

Ahora que lo pienso, ni siquiera me he presentado. Discúlpeme. Me he puesto a hablar, hablar y hablar, y he olvidado decirles quién soy. Me llamo Juan Manuel de Saboya. Sí, Juan Manuel de Saboya, aunque dicho así, seguro que no les dirá gran cosa; porque en realidad todos me conocen, y en todos los libros aparezco, y a lo largo y ancho de Internet me nombran, con un nombre más pomposo: ¡el Infante don Juan Manuel! Ahora sí, seguro que han oído hablar de mí. Y tengo que decirles que, según los historiadores, soy el vecino más ilustre que jamás haya vivido en este recóndito pueblo de Murcia, ya que mi fama como guerrero y escritor no solo fue conocida en todos los reinos que ocupaban lo que hoy conocen ustedes como España, sino que se extendió por todo el continente europeo. Aunque no lo crean, fui un tipo muy famoso en mi época.

A pesar de que soy un hombre muy sencillo, como podrán comprobar, no me resisto a decirles que soy Señor, Duque y Príncipe de Villena..., que se dice pronto; y también, Señor de Escalona, Peñafiel, Cuéllar, Elche, Cartagena, Lorca, Alcocer, Salmerón, Valdeolivas y Almenara —y seguro que se me ha olvidado algún título—; pero también Mayordomo Mayor de los reyes Fernando IV y Alfonso XI y Adelantado Mayor de Andalucía. ¿Cómo se les ha quedado el cuerpo? Pues por si todo esto fuera poco, también soy Adelantado Mayor de Murcia, que a la postre fue el título que me hizo venir a vivir a estas tierras.

Pero ya que han venido hasta aquí para que les cuente mi vida, vamos a empezar a hacerlo desde el principio, desde el día en que nací.

Como ya les he adelantado, nací en el mes de mayo de 1282 en el interior de un suntuoso castillo: el castillo de Escalona, que se encuentra en la, hoy, provincia de Toledo. Si

van ustedes por allí, aún pueden contemplarlo. Las obras que se hacían entonces sí que eran duraderas, y no como las de ahora que se derrumban a los cuatro días. Una simple riada, un leve terremoto y... todo abajo. En aquella fortaleza podrán contemplar las torres a las que subía y las almenas por las que me asomaba de niño; y también los patios y salones por los que corría. ¡Qué recuerdos! Porque yo, como ustedes, también fui niño... Así que, como les dije, nací en mayo, bajo el signo zodiacal de Tauro, lo que ha hecho que a lo largo de mi vida sea una persona fuerte, muy paciente y, según cuentan mis biógrafos, muy testaruda. Lo hice en el seno de una familia muy importante: mi abuelo paterno había sido, ni más ni menos, que el Rey de Castilla y León, quien reinó con el nombre de Fernando III.

Mi abuelo, aunque nunca estuvo aquí, fue muy importante para Murcia. Bajo sus órdenes, sus hombres la conquistaron para el reino de Castilla, arrebatándosela

a los musulmanes; aunque, tras llegar a un acuerdo, permitió que el rey moro Ibn Hud continuara reinando durante muchos años bajo su supervisión.

Miren ustedes. Este señor que aparece en el cuadro que cuelga de la pared es mi abuelo Fernando III. Siempre lo retrataban con la espada en una mano y la esfera del mundo en la otra. ¿Nos parecemos? Sí. ¿Verdad? Nos parecemos mucho. Todo el mundo decía: este niño le ha salido a su abuelo. Somos clavados el uno al otro. Además, aunque a mí me gusta más la literatura, heredé de él el gusto por la música. Era un melómano que no podía vivir sin que unos instrumentos o unas voces le recrearan el oído. Tras él, por las galerías del castillo, siempre iban sirvientes tocando el laúd; cuando viajaba a caballo, un flautista amenizaba el viaje a su lado; y, mientras comía, siempre sonaba un arpa junto a su mesa. Hasta dormía la siesta acompañado por un coro de voces angelicales. Durante su reinado, las calles y plazas

de Castilla y León se llenaron de juglares y trovadores, que las animaban con sus canciones, poemas y bailes. De haber vivido en este siglo, mi abuelo siempre hubiese llevado colocados sus cascos, escuchando spotify.

Entre otras muchas cosas, también le debemos a mi abuelo el que hoy todos hablemos castellano. Cuando le nombraron Soberano, en su reino se hablaba un batiburrillo de pequeñas lenguas y apenas se aclaraban los unos con los otros. Bla, bla, bla; blo, blo, blo; bli, bli, bli: ¡una jaula de grillos! El decidió que en todo su reino la lengua oficial fuera el castellano, relegando a un segundo plano el latín y las demás pequeñas hablas y dialectos. Así que si hoy nos podemos comunicar un señor nacido en Toledo, como soy yo, con unos jóvenes murcianos, como son ustedes, fue gracias a mi abuelo. Que lo sepan.

Ahí donde ustedes le ven, mi abuelo Fernando tuvo quince hijos y uno de ellos fue mi padre. A su hijo mayor, mi tío Alfonso X —a quien tengo colgado en este otro retrato—,

le dejó el título de Rey; y al resto, los nombró infantes. Así que yo soy hijo del Infante Manuel. Y ahora que les cuento esto, voy a aprovechar para desvelarles un primer secreto: aunque a mí todo el mundo me conoce por el Infante don Juan Manuel, debo confesar que nunca he sido Infante, ya que es un título que solo pueden ostentar los hijos de rey... Mi padre sí fue infante, pero yo jamás fui hijo de rey. Así que la forma más correcta de llamarme es Don Juan Manuel. Aunque debo admitir que no me molesta para nada que me llamen Infante; incluso me place que lo hagan. “Por esos montes cabalga el ¡Infante! don Juan Manuel”. ¿A que es más elegante?

Cuando yo nací, mi abuelo ya había muerto. Me contaron que el día que murió hizo dos cosas:

La primera. Como era un hombre muy cristiano, muy de misa diaria, muy de rezar, unos minutos antes de morir se despojó de su corona, se quitó la capa y las demás nobles

vestimentas y, quedando completamente desnudo, dijo que quería morir como un hombre y no como un Rey; entonces, con un crucifijo, comenzó a golpearse el pecho. Esa acción le valió para que siglos después, el Papa de Roma, lo nombrara Santo. Este es el motivo de que a mi abuelo se le conozca con el nombre de Fernando III el Santo o, simplemente, como San Fernando. ¿Alguno de ustedes se llama Fernando? Pues que sepa que su santo se celebra el día de mi abuelo.

La segunda cosa que hizo antes de morir fue llamar a su hijo Manuel, mi padre, y entregarle lo que más quería: su espada. Ese arma es toda una leyenda y se llama Lobera. En aquellos tiempos la península Ibérica estaba llena de lobos y esta espada era la más adecuada para defenderse de sus ataques. Mi abuelo la tomó de la tumba de un legendario conde leonés, y aseguraba la tradición que Lobera poseía poderes mágicos, pues quien la portara sería invencible en la batalla. Y fue cierto, porque jamás fue derrotado

en una guerra; empuñándola, conquistó Sevilla, Córdoba, Jaén y Badajoz. Así que, después de conocer esta confidencia, entenderán por qué se hacía retratar siempre con ella en la mano.

Déjenme que les sorprenda, porque quiero decirles que la Lobera está ahora en mi poder. La tengo aquí, junto a la mesa en la que siempre me siento a escribir mis cuentos, porque no sólo me da el poder de ganar batallas, sino también la inspiración para escribir mis relatos. Ya se lo dije a ustedes al comienzo: don Juan Manuel no sólo alcanzó la gloria como guerrero, sino también como escritor.

A veces la empuño aquí, en la soledad de mis aposentos, y fantaseo recordando a mi abuelo y sus conquistas; y también a mi padre, Manuel de Castilla, de quien no tengo recuerdo alguno, porque falleció cuando yo sólo tenía un año de edad. Antes de morir, dejó escrito que Lobera pasara a ser de mi propiedad y que me fuese entregada en

cuanto tuviese edad de batallar; y eso ocurrió pronto: el día que cumplí los doce años de edad; porque ese día me mandaron a la guerra, al frente de un ejército.

¡Sorprendidos, eh! Un niño de doce años en la guerra... ¡Es que eran otros tiempos! El siglo de ustedes y el mío son muy diferentes, y es que nos separan 700 años. Por ello, antes de continuar narrando esta historia, quiero pedirles que hagan un esfuerzo de comprensión, que la miren con ojos muy muy antiguos, porque solo así la van a entender... Sería un error que me juzguen a mí y a mis contemporáneos con los ojos del presente, porque nosotros somos el pasado. Nuestras formas de vestir son distintas, al igual que nuestros gustos musicales, nuestras formas de viajar o de relacionarnos con los demás. A nadie de ustedes se le ocurriría salir a la calle con esta capa, ni a mí ponerme uno de esos ridículos pantalones vaqueros; tampoco me place la música que sale de esas endemoniadas guitarras eléctricas, ni

el sabor de las hamburguesas, y hasta me parece ridículo ir por la calle, con un aparato junto a la oreja y hablando solo, como si estuviese loco. Pero, en fin, hago un esfuerzo por entenderles, por ver normales sus extrañas costumbres.

Así que les pido que también ustedes entiendan mi mundo, que era muy diferente. Un lejano tiempo en el que viajábamos a pie o a caballo; una sociedad en la que las personas estábamos divididas en Señores —como yo— y vasallos —como todos mis sirvientes y soldados—. En mi siglo, la obediencia hacia los señores era ciega; y a mí, nadie, ningún sirviente osaba llevarme la contraria. Fueron tiempos de guerras entre reinos vecinos por el dominio de los territorios; años de sangrientas luchas a espada, de niños que fallecían por enfermedades y jóvenes que morían en la batalla... Eran otros tiempos imposibles de comprender con ojos de hoy.

Desde niño supe que mi destino sería batallar en nombre de mi reino, el de Castilla.

Tras la muerte de mi padre, me convertí en el ojito derecho de mi tío, el rey Alfonso X. Así que, por orden suya, recibí formación en el arte de la guerra y pronto me convertí en un experto jinete, en un avezado cazador y en un diestro espadachín. Pero ello no fue obstáculo para que, a la vez, me formara en otras artes que alimentarían mi alma y mi conocimiento. Mis tutores me dieron una exquisita educación y aprendí latín, historia, derecho y teología. La cultura prendió tanto en mí que durante toda mi vida la he considerado el mayor de mis tesoros.

Ahora entendéis por qué siempre llevo conmigo el retrato de mi querido tío. Le apodaban El Sabio, por el amor que siempre tuvo por el conocimiento y la cultura, por su incansable sed de saber. Si buscáis su foto en Internet, comprobareis que en todos sus retratos aparece portando un libro en las manos. En su corte de Toledo se hizo rodear por los más grandes eruditos de su época, acompañándose de sabios cristianos, judíos

y musulmanes. Gracias a su empeño, Europa volvió a rescatar los textos de los grandes filósofos griegos que se habían perdido, y en su famosa Escuela de Traductores lograron traducirlos al latín y al castellano, para que llegasen hasta nuestros días. Aquella fue una grandiosa labor, de un valor incalculable para el desarrollo de la cultura europea.

De mi tío Alfonso X El Sabio heredé la pasión por la literatura. Como yo, él aprovechaba cualquier rato, cualquier tiempo muerto, para sentarse a una mesa y, armado con pluma y tintero, escribir sobre un pergamino. En la esquina de mi mesa, siempre cerca de mí, reposa la que fue su mejor obra, *Las Cantigas de Santa María*, compuesta de hermosos versos para ser cantados por trovadores. También escribió la primera Historia de España y un libro sobre un juego que le pirraba: el Ajedrez. Mi tío quedó prendado de este juego que habían traído a la península los árabes y lo expandió no solo por su reino, sino por toda Europa. Cuentan

que pasaba tardes enteras, echado en el suelo sobre un gran cojín, retando a sus amigos a apasionantes partidas.

Mi tío Alfonso paseó en muchas ocasiones por estas callejuelas de Molina, ciudad a la que siempre le tuvo un gran aprecio, ya que sus habitantes se entregaron a Castilla sin plantar batalla. Ése fue el motivo de que tuviese un fuero especial y se la dotase de unos privilegios de los que no gozaban los pueblos de alrededor, respetando las costumbres y creencias de sus pobladores que eran mayoritariamente mudéjares y musulmanes. Así que no os será muy difícil imaginar al Rey Sabio, seguido de su séquito, recorrer estas calles que hoy pisamos, asomado a un mirador contemplando la huerta o echando una partida de ajedrez a la sombra de un árbol, contra uno de sus vasallos.

Mi tío, el rey de Castilla y León, murió en Sevilla; y allí, en el interior de su catedral, fue enterrado. Pero él amaba tanto esta tierra que ordenó que, una vez muerto, le extrajeran su